Sede Apostólica
Santo Padre
Benedicto XVI

Homilía

Visita pastoral a Ancona para la clausura del XXV Congreso Eucarístico Nacional Italiano
2011

Santa Misa: "Eucaristía para la vida cotidiana"

11 de septiembre de 2011

Queridísimos hermanos y hermanas:

Hace seis años, el primer Viaje Apostólico en Italia de mi pontificado me llevó a Bari, para la clausura del 24º Congreso Eucarístico Nacional. Hoy he venido a clausurar solemnemente el 25º, aquí en Ancona. Doy gracias al Señor por estos intensos momentos eclesiales que refuerzan nuestro amor a la Eucaristía y nos ven reunidos en torno a la Eucaristía. Bari y Ancona, dos ciudades que se asoman al mar Adriático; dos ciudades ricas en historia y en vida cristiana; dos ciudades abiertas a Oriente, a su cultura y su espiritualidad; dos ciudades que los temas de los Congresos Eucarísticos han contribuido a acercar: en Bari recordamos cómo "sin el domingo no podemos vivir"; hoy, nuestro reencuentro se caracteriza por la "Eucaristía para la vida cotidiana".

Antes de ofreceros alguna reflexión, quiero agradecer vuestra participación masiva: en vosotros abrazo espiritualmente al conjunto de la Iglesia en Italia. Dirijo un saludo agradecido al presidente de la Conferencia Episcopal, cardenal Angelo Bagnasco, por las cordiales palabras que me ha dirigido en nombre

del trabajo del hombre”, y en esta verdad se encierra toda la responsabilidad confiada a nuestras manos y nuestro ingenio; pero el pan es también, y ante todo, ”fruto de la tierra”, que recibe de lo alto sol y lluvia: es don que se ha de pedir, quitándonos toda soberbia, y nos hace invocar con la confianza de los humildes: «*Padre (...), danos hoy nuestro pan de cada día*» (Mt 6,11).

El hombre es incapaz de darse la vida a sí mismo, él se comprende solo a partir de Dios: es la relación con Él lo que da consistencia a nuestra humanidad y lo que hace buena y justa nuestra vida. En el padrenuestro pedimos que sea santificado *su* nombre, que venga *su* reino, que se cumpla *su* voluntad. Ante todo debemos recuperar la primacía de Dios en nuestro mundo y en nuestra vida, porque es esta primacía la que nos permite reencontrar la verdad de lo que somos; y en el conocimiento y seguimiento de la voluntad de Dios donde encontramos nuestro verdadero bien. Dar tiempo y espacio a Dios, para que sea el centro vital de nuestra existencia.

¿De dónde partir, de qué fuente, para recuperar y reafirmar la primacía de Dios? De la Eucaristía: aquí Dios se hace tan cercano que se convierte en nuestro alimento, aquí Él se hace fuerza en el camino con frecuencia difícil, aquí se hace presencia amiga que transforma. Ya la Ley dada por medio de Moisés se consideraba como ”pan del cielo”, gracias al cual Israel se convierte en el pueblo de Dios; pero en Jesús, la palabra última y definitiva de Dios, se hace carne, viene a nuestro encuentro como Persona. Él, Palabra eterna, es el verdadero maná, es el pan de la vida (cf. Jn 6,32-35); y realizar las obras de Dios es creer en Él (cf. Jn 6,28-29). En la Última Cena, Jesús resume toda su existencia en un gesto que se inscribe en la gran bendición pascual a Dios, gesto que Él, como hijo, vive en acción de gracias al Padre por su inmenso amor. Jesús parte el pan y lo comparte, pero con una profundidad nueva, porque Él se entrega a sí mismo. Toma el cáliz y lo comparte para que todos puedan beber de él, pero con este gesto Él dona la ”nueva alianza en su sangre”, se dona a sí mismo. Jesús anticipa el acto de amor supremo, en obediencia a la voluntad del Padre: el sacrificio de la cruz. Se le quitará la vida en la cruz, pero Él ya ahora la entrega por sí mismo. Así, la muerte de Cristo no se reduce a una ejecución violenta, sino que Él la transforma en un acto libre de amor, en un acto de autodonación, que atraviesa victoriosamente la muerte misma y reafirma la bondad de la creación salida de las manos de Dios, humillada por el pecado y, al final, redimida. Este inmenso don es accesible para nosotros en el Sacramento de la Eucaristía: Dios

Una espiritualidad eucarística, entonces, es un auténtico antídoto ante el individualismo y el egoísmo que a menudo caracterizan la vida cotidiana; lleva al redescubrimiento de la gratuidad, de la centralidad de las relaciones, a partir de la familia, poniendo especial atención en aliviar las heridas de las familias desintegradas. Una espiritualidad eucarística es el alma de una comunidad eclesial que supera divisiones y contraposiciones y que valora la diversidad de carismas y ministerios, poniéndolos al servicio de la unidad de la Iglesia, de su vitalidad y de su misión. Una espiritualidad eucarística es el camino para restituir dignidad a las jornadas del hombre y, por lo tanto, a su trabajo, en el intento de conciliar los tiempos dedicados a la fiesta y a la familia, y en el compromiso por superar la incertidumbre de la precariedad y el problema del paro. Una espiritualidad eucarística nos ayudará también a acercarnos a las diversas formas de fragilidad humana, conscientes de que estas no ensombrecen el valor de la persona, pero sí hacen necesarias la cercanía, la acogida y la ayuda. Del Pan de la vida sacará vigor una renovada capacidad educativa, atenta a testimoniar los valores fundamentales de la existencia, del saber, del patrimonio espiritual y cultural; su vitalidad nos hará habitar en la ciudad de los hombres estando dispuestos a entregarnos en el horizonte del bien común para la construcción de una sociedad más equitativa y fraterna.

Queridos amigos, volvamos de esta tierra de Las Marcas con la fuerza de la Eucaristía, en una ósmosis constante entre el misterio que celebramos y los ámbitos de nuestra vida cotidiana. No hay nada auténticamente humano que no encuentre en la Eucaristía la forma adecuada para ser vivido en plenitud; que la vida cotidiana se convierta en lugar de culto espiritual, para vivir en todas las circunstancias la primacía de Dios, en relación con Cristo y como entrega al Padre (cf. Exhortación Apostólica postsinodal *Sacramentum caritatis*, 71). Sí, «*no solo de pan vive el hombre, sino de toda palabra que sale de la boca de Dios*» (Mt 4,4): nosotros vivimos de la obediencia a esta palabra, que es pan vivo, hasta entregarnos, como Pedro, con la inteligencia del amor: «*Señor, ¿a quién vamos a acudir? Tú tienes palabras de vida eterna; nosotros creemos y sabemos que Tú eres el Santo de Dios*» (Jn 6,68-69).

Como la Virgen María, seamos también nosotros ”regazo” disponible que lleve a Jesús al hombre de nuestro tiempo, despertando el deseo profundo de aquella salvación que solo viene de Él. Buen camino, con Cristo Pan de vida, a toda la Iglesia que está en Italia. Amén.